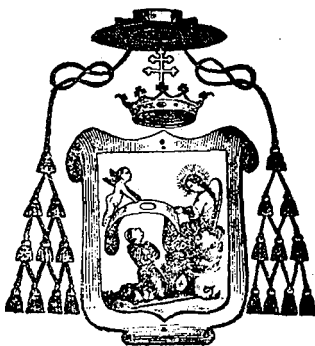


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demas que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

# BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

## ARZOBISPADO DE TOLEDO.

### CONFERENCIAS PREDICADAS

POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA, EN LA  
CUARESMA DE 1858.

(Continuacion.)

Tal es por excelencia la afirmacion cristiana, afirmacion que rechaza el naturalismo como la luz rechaza á las tinieblas. El naturalismo es el hombre despojado de lo sobrenatural, y decapitado de Jesucristo; el cristianismo es el hombre vestido de lo sobrenatural y coronado de Jesucristo. Si; yo lo creo, lo creo: mas que esta vida que hace que yo pueda decir soy hombre, hay en mi otra vida que me hace esclamar «soy cristiano.» Esta vida es Jesucristo viviendo en mí, soy yo viviendo en la vida de Jesucristo; y conmovido por el contacto de esta vida divina tengo necesidad de esclamar: «para mí, vivir es el Cristo. ¡Oh Pablo! ¡oh adorador! ¡oh amante apasionado de Jesucristo; yo creo en el grito de vuestra alma al sentir en ella la vida de Jesucristo. Yo creo en la afirmacion, mejor diré, en el entusiasmo de mis hermanos los Santos; yo creo en el testimonio de mi alma, que se anima para afirmar ante vosotros el misterio de su propia vida; yo creo en los movimientos de alegría con que vibran mis labios al pronunciar estas palabras que los comunica el soplo mismo de Jesucristo; yo creo en el asentimiento unánime y simpático de tantos corazones que vienen á buscarme y parece decirme reconociendo en esta palabra

el grito que sale de ellos mismos. «Si, la vida de Cristo está en nosotros, y nuestra dicha y nuestra alegría es creernos unidos con Vos en la unidad de esta vida fraternal.» Hermanos (¿qué otro nombre pudiera daros al hablar de este misterio que encierra el secreto de nuestra fraternidad?) hermanos, teneis razon: si, la vida de Cristo está en vosotros, y vuestra vida y su vida no son dos vidas, es una sola vida, «Cristus vita vestra.» Muchos somos los que estamos aquí y sin embargo no somos mas que uno: «multi unum sumus» y el vínculo divino de esta unidad es el Cristo, «multi unum sumus in Christo.» Su vida está en vosotros, su vida está en mí, su vida está en todos nosotros, su vida está toda en cada uno como está toda en todos: «omnia in omnibus Cristus.» Ese es mi cristianismo; cualquiera que predique otro, no es cristiano y yo desde lo alto de esta gran cátedra en que se afirma y anuncia la verdad cristiana, en nombre de Jesucristo, yo le declaro un anti-Cristo.

Habiéndoos sido revelado este misterio de la vida cristiana oculto á los sábios de este mundo, fácil es que comprendais por qué la santidad es la necesidad innata de todo verdadero cristianismo. Efectivamente; de ahí nace en todo cristiano verdadero un sentido verdaderamente nuevo; sentido místico, pero real, que se llama; el sentido íntimo del verdadero cristianismo; sentido rigurosamente divino, que no es otro que el sentido de Jesucristo, espresado por San Pablo en estas admirables palabras: «Hoc sentite in vobis quod it in Christo-Jesu.

De ahí surge en los verdaderos cristianos la inteligencia de su propia nobleza; nobleza sin igual que obliga al que la posee á todo lo que hay de mas puro, de mas santo, de mas semejante á Dios. El cristiano unido por este contacto divino á la grandeza de Dios, comprende lo elevado de su descendencia y lo ilustre de su raza, y se reconoce procedente de una descendencia divina y de la raza de los santos. Su asociación mística á la misma vida de Dios le revela en todos los instantes la gran ley de su vida y su soberana obligacion; la ley de la santidad y la obligacion de reflejar en sus actos las perfecciones de Dios.

De ahí nace tambien en el cristiano un tacto de la pureza y de la santidad, que ni la naturaleza puede dar, ni la razon nos revela; tacto tan delicado como profundo y sublime. La sombra sola del mal horroriza al verdadero cristiano; y la sospecha de una mancha produce en él agitaciones y espanto. Entre lo que es impuro y lo que es cristiano siente en su alma y en su corazon un antagonismo innato y repulsas profundas; y entre lo que es cristiano y todo lo que es puro siente armonías íntimas y simpatías inesplicables.

De ahí proceden, en fin, esas aspiraciones angélicas hacia todo lo que hay de mas espiritual, mas elevado, mas radiante, mas celeste; esos arrebatos de la vida hácia todo lo que es perfecto como Dios, santo como Jesucristo, inmaculado como su augusta Madre, y por último, para reasumir en una sola palabra ese resultado inmenso, de ahí nace en el fondo del alma humana lo que ya he llamado *necesidad* de ser santo. La necesidad de ser santo: ved ahí lo que yo queria demostraros oculto en este misterio íntimo de la vida cristiana. ¡La necesidad de ser santo! ¿no es esta la pasion que cualquiera ha sentido agitarse en su alma, como en su santuario el Santo de los Santos? ¡La necesidad de ser santo! ¿y puedo yo experimentar otra, creyendo que mi alma está desposada con Jesucristo, y que ha contraído con la santidad en sustancia un matrimonio dos veces sagrado? ¡Ah! cuando yo siento á Jesucristo viviente en el fondo de mi mismo, la necesidad de ser santo es el grito de todo mi ser, es el impulso de mi corazon, es la aspiracion de toda mi alma, es la propension de toda mi vida: porque siendo yo cristiano ¿qué hago no siendo santo, sino arrojar á Jesucristo de mi mismo y romper por medio de un crimen el vínculo que me une á la santidad. ¡Yo cristiano, separarme

de Jesucristo! ¡Ah! yo no puedo consentir en esto. Cuéstemme, pues, lo que me cueste, yo quiero ser santo hoy, mañana y siempre. Como toda planta invoca su rocío, toda flor su sol y toda vida su atmósfera, mi cristianismo invoca la santidad y siente la necesidad invencible de producir, de agrandar, de desenvolver mas y mas lo que absorbe en el centro mismo de la vida de Jesucristo.

Ved ahí porque la santidad en un hombre, como en un pueblo cristiano, es el fruto espontáneo de su cristianismo, y sigue su medida. Por todas partes donde Dios la siembra, sea en un alma, en una familia ó en una nacion, la santidad es como su germinacion propia y como su natural crecimiento.

¿Habeis progresado en el cristianismo? pues yo os aseguro que habeis progresado en la santidad; estos dos progresos se corresponden con una proporcion exacta. ¿Sois mas cristianos? pues tambien sois mas humildes, mas castos, mas desinteresados, mas afables, mas pacientes, mas caritativos, mas virtuosos, en una palabra, mas santos. Engrandeciéndose vuestro cristianismo, se cubre con el ornato de la verdadera santidad y de la fecundidad de vuestras virtudes, como un árbol con la belleza de su follage y con la abundancia de sus frutos.

Por el contrario, si habeis retrogradado en el verdadero cristianismo, yo os aseguro que vuestra santidad ha retrogradado al mismo paso y con la misma medida, y sois menos humildes, menos castos, menos caritativos, menos santos, precisamente porque sois menos cristianos. Haced cien veces esta observacion y nunca os engañará. En vano se quiere hacer creer la fecundidad de las virtudes y el crecimiento de la santidad en almas vacías del cristianismo; mejor creería yo en la fecundidad de las cosechas y en la germinacion de las flores sin necesidad de los rocíos del cielo, ni de los rayos del sol. Robais á la naturaleza humana su atmósfera divina: la usurpais la mirada de Jesucristo que es como un sol: la privais de la vida de Jesucristo que es como su savia ¿y os atreveis á exigir la produzca, con la cosecha de las virtudes, las flores celestiales de la santidad? ¡Insensatos! haceis del hombre un desierto y el hombre producirá lo que produce el desierto: ¡Ah! Conocemos demasiado la fecundidad de la vida separada de Jesucristo; esta fecundidad, con algunas raras escepciones, no es otra cosa que la fecundidad del vicio. Todo hombre que haga alarde de hacer brotar sus virtudes de las ruinas

de su cristianismo, es un mentidor que engaña á los demás engañándose á si mismo. Si queréis hacer crecer vuestras virtudes, aumentad vuestro cristianismo, porque elevándose en vosotros se eleva en él la santidad, que de él emana, y que no es otra cosa mas que él mismo. Lo que decimos con respecto á un hombre es mas evidente aun, cuando se trata de una sociedad. Ensayad, sembrad, haced crecer en un pueblo del verdadero cristianismo sin hacer crecer en él la santidad, y no lo conseguireis; aun cuando cayese en el centro de la nacion mas corrompida, si él puede arraigarse en ella, hará fermentar esta masa de corrupcion y salir de su fermento divino la santidad de los hombres.

#### IV.

Efectivamente, la historia del cristianismo demuestra con una evidencia tan clara como la luz del sol, que el cristianismo con su propia fecundidad, en todas partes y siempre ha producido en la humanidad generaciones de santos; porque la historia del verdadero cristianismo, es Jesucristo mismo dilatándose en los siglos y manifestándose por medio de prodigios de santidad en los cristianos ilustres.

La santidad, es decir, la virtud bajo todas sus facés elevada al heroismo, es un hecho exclusivamente cristiano. La antigüedad tuvo grandezas que no podemos negar; produjo poetas, oradores, literatos, artistas, filósofos, legisladores, capitanes, héroes cuya gloria brilla aun con un esplendor incontestable; pero le faltó una sola cosa, producir santos. Ella levantó hombres sobre sus altares á quienes dió á presencia de los pueblos una aureola celestial; pero, notadlo bien, lo que hacia elevar á los altares á los grandes hombres de la antigüedad, era la fuerza, la victoria, la celebridad, algunas veces el crimen; pero nunca, jamas la santidad. Estos semidioses puestos de pie sobre los altares del paganismo, no eran el hombre elevado hasta Dios, era Dios humillado hasta el hombre; no era la glorificación dada á la humanidad, era el oprobio lanzado contra la divinidad.

La antigüedad pagana ha podido contar hasta siete sábios en un país célebre; pero cuando se estudia de cerca la vida de estos santos del paganismo, bien puede preguntarse si ese nombre de sabio era una ironía lanzada á sus filósofos por la Grecia sarcástica. Sea lo que quiera, es lo cierto que bajo el punto de vista del valor moral,

esos virtuosos de la antigüedad no serian entre nosotros ni medianos cristianos. El cristiano que cumple con su deber, aun el mas vulgar, deja muy atras á los sábios de la Grecia. En el fondo de sus virtudes se descubre casi siempre un yo no se qué que les corrompe: el egoismo se descubre á través de la abnegacion, y el orgullo á través del heroismo. Así era el mundo antiguo con sus filósofos, sus poetas, sus oradores, sus héroes, sus legisladores, y todos sus mas grandes hombres, cuando de repente un fenómeno inesperado asombró con su primera aparicion á este mundo sentado con todos sus personajes ilustres en el seno de sus corrupciones. ¿Qué habia sucedido? El cristianismo acababa de nacer y ya se revelaba en su historia la necesidad que experimentaba en su vida. La vida de Jesucristo manifestada por los santos se dilataba en la humanidad con virtudes sobrehumanas, y la historia de la santidad empezando con la historia del cristianismo, escribia en su primera página milagros de virtud.

El cristianismo desde esta hora famosa no ha perdido nunca, ni en la duracion de los siglos, este carácter inimitable; ha guardado el privilegio que Dios reservaba á la única Religion verdadera, el privilegio de la santidad, demostracion imperecedera de la verdad. De ello está tan convencida la Iglesia católica, que se atreve á dar este signo de su divinidad á quien la busca; y para aquel que no puede comprender bien la demostracion que brota de su unidad, de su catolicismo y su apostolado, la queda aun esta demostracion siempre popular: el poder indefectible de producir santos.

Y efectivamente, ¿cuándo ha dejado el cristianismo de producir santos? Jamas. Seguid en sus dilatados siglos el desenvolvimiento magnífico de la vida cristiana. Al través del tisú variado de su historia, en que las corrupciones de la naturaleza se mezclan con los prodigios de la gracia, siempre y en todas partes aparece la santidad como testimonio permanente del elemento divino, que vive en el cristianismo y se produce en su accion. ¡Ab! esta historia de la santidad cristiana seria una historia dilatada y prodigiosa; yo no pienso hacerla; pero para mostraros en el cristianismo la religion de los santos, diré únicamente: «Mirad al principio, mirad al medio, «mirad al fin.»

En el principio, ¡qué espectáculo tan arrebatador! del seno de un mundo que yacia en la podredumbre y perecia por la escasez de virtudes,

se produce un movimiento y aparece una regeneracion moral que no puedo denominar bien sino llamándola una explosion de santidad. Imaginaos una humanidad verdaderamente nueva, una raza de hombres sin ancetras y sin precedentes, apareciendo de repente coronada con todas las virtudes, elevada á un grado superior de la virtud humana. Imaginaos hombres humildes, obedientes, castos, caritativos, dulces, pacientes, resignados, fuertes, valerosos, intrépidos, heroicos, en fin, en todas las virtudes, como nadie lo fué jamas sobre la tierra. Haciendo este cuadro del cristianismo primitivo, en que alguien creeria ver una humanidad idealizada, hemos pintado rasgo por rasgo á la humanidad cristiana. Yo no demuestro en este instante todo lo que hay de divino en ese fenómeno que no puede explicar jamás nada de cuanto hay humano. Yo cito un hecho contemporáneo al nacimiento del cristianismo, y este hecho es una florecencia súbita y espontánea de la santidad, es decir, de la mayor y mas poderosa grandeza moral en generaciones enteras.

¿Direis, acaso, que este hecho no es mas que el resultado natural de ese proselitismo ardiente que se encuentra en la cuna de las doctrinas, de las instituciones y de las religiones naciescentes? Entonces yo os diré: saltad doce siglos y heos ahí en el centro de nuestros siglos cristianos. Yo pregunto á esa cima de donde se descubren á la vez las dos vertientes de toda nuestra vida, á esa edad media en que algunos sábios del siglo XIX no ven en su obstinacion mas que decadencia y barbarie, ¿ha perdido el cristianismo su poder de producir santos? En medio de tantas cosas mezcladas, de tantas razas confundidas, ¿no echa ya raices la santidad? ¿y el cristianismo, doce veces secular, ha perdido la savia que hace germinar los santos?

No, no; tambien entonces la raza de los santos vive y se multiplica en la Iglesia de Dios. Entonces tambien sobre las cimas á que Dios se complace en elevar á los santos ilustres, para lanzar desde mas alto y desde mas lejos sobre los pueblos reflejos brillantes de la faz de su Cristo, se ven aparecer, con la aureola de su santidad figuras de una magnitud asombrosa; el mundo cristiano vé brillar en el cielo de la Iglesia Católica mugeres como Santa Isabel de Hungría y hombres como San Luis y Santo Tomás de Aquino, y en tanto que estos y otros muchos con ellos, hacen aparecer sobre las alturas del mundo el astro siempre brillante de nuestra santidad, millares

de hombres y mugeres realizan en condiciones mas humildes una santidad no menos sublime. ¡Ah! Es que en medio del caos aparente que parece abrir en esta edad de gran fermentacion la mezcla de pueblos, de razas, de costumbres y de constituciones, el espíritu cristiano pesaba como el soplo de Dios en el dia de la creacion; y de esa vasta expansion de la vida cristiana, en el seno de una sociedad sobrecargada aun con tantos elementos de corrupcion humana, se opera una nueva explosion de santidad y el mundo católico veia una vez mas elevarse sobre él la gran era de los santos.

¿Os queda alguna sombra de duda sobre la eficacia perseverante del cristianismo para producir la santidad? Entenocos mirad á esa faz de la historia cristiana que toca á nosotros y que en parte somos nosotros mismos. Abarcad con una mirada todo el siglo moderno del cristianismo, y decidme si ha perdido algo de su inmortal fecundidad. Ese siglo de despedazamientos profundos y de violentas sacudidas que abrió en el seno de tempestades esa nueva edad del cristianismo; ese siglo que vio salir de su seno contra lo que entonces se llamaba la corrupcion católica, aquella protesta que conmovió al mundo religioso y preparó los desquiciamientos políticos, el siglo XVI, en fin, ¿habia visto morir en la Iglesia esa savia de Jesucristo, la única que produce santos?

(Se continuará.)

---

#### HABILITACION DEL CULTO, CLERO Y RELIGIOSAS DE LA PROVINCIA DE TOLEDO.

Desde este dia queda abierto el pago del mes de Febrero, sirviéndose los señores partícipes presentarse á percibir sus respectivos haberes en los mismos puntos que lo verificaron los meses anteriores. Toledo 3 de Marzo de 1859.—El Habilitado, P. A., Cándido García Corral.

---

#### HABILITACION DEL CULTO Y CLERO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Desde el dia 7 del actual, se halla abierto el pago de la mensualidad de Febrero último, para los partícipes del presupuesto eclesiástico, que cobran en los arciprestazgos de la provincia. Madrid 9 de Marzo de 1859.—Marcos M. Sainz.

---

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

IMPRESA DEL MISMO, CALLE ANCHA, N.º 34.  
TOLEDO:—1859.